

Discurso de la cónsul encargada del Consulado General de México en Barcelona, Norma Ang, en la inauguración del ciclo *Carlos Fuentes in Memoriam*

Casa Amèrica Catalunya, 11 junio 2012

El 16 de mayo amaneció con la noticia de la muerte de Carlos Fuentes. La primera reacción fue de incredulidad; era difícil concebir que una persona con la energía y la salud de Fuentes hubiera, de repente, fallecido. Parecía imposible que alguien con tanta vida, de pronto, no la tuviera más.

La segunda reacción fue una sensación de orfandad, de falta de referentes. Porque en Fuentes, el mote de “mexicano universal” no era gratuito. Representó a México en todos los ámbitos de la cultura, abrió la literatura mexicana al mundo y atrajo la mirada internacional a nuestro país. El mismo Boom, esa nueva forma de entender Latinoamérica, se hizo en Barcelona, y desde aquí reconstruyó la imaginación de nuestros países.

La vida de Carlos Fuentes y su obra están marcadas por las relaciones de México con el mundo. Hijo de un miembro del servicio exterior, Fuentes nació en el extranjero y se hizo mexicano, cada vez más mexicano, en el extranjero. Cuando llegó a México tenía ya 15 años. Tras la lectura de Cervantes eligió el español como su lengua y México como su tema. Devoró la Ciudad de México, conoció en profundidad todos sus mundos y submundos, sus entrañas, desde la vida de cabaret hasta las élites sociales e intelectuales. Tomó notas compulsivamente durante años y logró hacer de la diversidad su propio lenguaje, con una extraordinaria capacidad de observación y retención lingüística. Muestra de ello es el gran retrato de la Ciudad de México que constituye *La región más transparente*.

Siempre necesitó alejarse de México para poderlo escribir. Ya establecido en México pasó largas temporadas en París y en distintas universidades de los Estados Unidos. Dividió sus últimos años entre Londres y la Ciudad de México. México le daba vida, decía, Londres le daba tiempo.

Siguiendo los pasos de su padre, tuvo diversas colaboraciones con la Secretaría de Relaciones Exteriores, llegando a ser Embajador de México en Francia de 1975 a 1977. Era un hombre de muchos talentos, de muchas inquietudes y hubiera podido seguir distintos caminos. Pero su vocación era tajante: él era un escritor.

Si José Vasconcelos inventó la categoría de “lo mexicano” que se implantó en nuestro país tras la Revolución, podemos decir que Carlos Fuentes extirpó de la realidad mexicana de mediados del siglo XX la conciencia de sí misma, la cultura de sí misma. Eso que llamamos identidad. Pero no se quedó ahí. Su curiosidad insaciable lo llevó a la renovación permanente a través del apoyo a

las generaciones literarias que lo sucedieron; al grupo del Crack en los años noventa, por ejemplo, y a Jorge Volpi en particular, quien estará en esta sala la semana próxima para hablar del maestro.

Se ha ido el padrino de esta Casa, y de muchas otras. Ha muerto el escritor, ha dicho su última palabra. Empieza ahora su obra, inconclusa, como las grandes obras. Rindamos homenaje.